

derían el camino del cielo y gozarían de las comodidades que llevan consigo los pueblos europeos. Fueron bastante bien oídas sus proposiciones. El P. Pastor terminó su coloquio repartiendo entre los indios algunos regalitos, que ellos recibieron con muestras de gratitud. Determinó con los dos misioneros el sitio en que habría de fundar pueblo, y hecho esto se despidió dejando a los PP. Medina y Luján entre los Mataguayos.

Ambos operarios trabajaron con celo en la instrucción de los indios, les enseñaban las verdades de la fe, les iban industriando en construir casas y vivir en forma de pueblos y procuraban atraerlos con los regalitos que iban repartiendo entre los asistentes. Poco duró esta prosperidad. Como vieran los indios que se iban acabando los regalos, también cesaron de acudir a las instrucciones de los jesuitas. Poco a poco los indios reunidos se iban desbandando y juzgaron los misioneros que su obra iba a concluir por inanición. Discurrieron ir uno de ellos a Jujuy para traer nueva provisión de regalitos. Partió para esta comisión el P. Medina y entretanto los indios, cansados de la presencia de los jesuitas, tramaron una conspiración para acabar con el Padre Luján y arrasarlo el comenzado pueblo. Volvió el P. Medina de Jujuy, y muy pronto entendió, hablando con algunos indios que se mostraban más fieles, el grave peligro de la vida que corrían los misioneros y los pocos indios de otros países que allí tenían en su compañía. Juzgaron ambos Padres que era necesario retirarse; pues continuar en aquella soledad sin ningún indio que oyese la doctrina y rodeados de salvajes que se habían conjurado para matarles, parecería tentar a Dios y exponerse inútilmente al peligro. Así, pues, primero el P. Luján se retiró a Jujuy y poco después el P. Medina, recogiendo su ornamento y los pocos trastos que tenía, abandonó la misión y volvió a la misma ciudad (1).

En los años siguientes se hicieron algunas excursiones por vía de exploración, pero nunca se hallaban medios de fundar pueblos ni misión permanente. En 1672, se quiso hacer otra prueba. Fué mandado por el Provincial del Paraguay el P. Pedro Patricio quien entendiéndose con el Gobernador español y llevando algunos soldados en su compañía, determinó fundar un pueblo cer-

(1) Puede verse más explicado este episodio en Charlevoix, *Hist. del Paraguay*, t. XIII.

ca de Esteco, pequeña población que después desapareció pero donde había un presidio de españoles. Según calcula el P. Hernández (1) esta pobre reducción, que se llamó de San Francisco Javier, debió estar poco más o menos en el sitio llamado Miraflores, a orillas del río Juramento, cerca de la extinguida población de Esteco y unas veinte o veinticinco leguas al Sur de Salta. Tampoco perseveró esta reducción. A los dos o tres años fué necesario abandonarla, porque sólo se veía en los indios desvío y hostilidad, y era preciso que los soldados españoles tuviesen continuamente las armas en las manos, para no dejarse sorprender y para que no pereciesen los ministros del Evangelio.

Pasaron unos diez años y de nuevo se intentó fundar misión en el Chaco. El P. Provincial Tomás de Baeza, después de largas consultas con el Sr. Obispo D. Nicolás de Ulloa, en cuya diócesis caían aquellos territorios, y con el Gobernador del Tucumán don Fernando de Mendoza Mate de Luna, designó dos misioneros para entrar en aquel desventurado país. Eran el P. Diego Ruiz, aragonés, y el P. Antonio Solinas, natural de Oliena, en Cerdeña. Para auxiliar de ambos debía ir el Hermano coadjutor Pablo de Aguilar. A los tres misioneros jesuitas se agregó por espontánea voluntad un virtuoso sacerdote llamado Pedro Ortiz de Zárate, descendiente de una noble familia de Vizcaya (2). Debieron fundarse muchas esperanzas en esta expedición, a juzgar por lo que nos dice el P. General de la Compañía, Carlos de Noyelle, al aprobar el proyecto que se le presentó: «He visto, dice, por lo que me escribe el P. Tomás de Baeza, que ha llegado el tiempo de hacer la entrada que tanto se ha deseado a los gentiles de la provincia del Chaco, y que tiene señalados a los Padres Diego Ruiz y Juan Antonio de Solina y al Hermano Pablo de Aguilar, coadjutor. Heme consolado sumamente y espero ha de ser una misión muy gloriosa a Dios y a la Compañía. Díceme la planta que tiene hecha para esta entrada el licenciado D. Pedro Ortiz de Zárate, que con tanto celo y costa lo solicita, y me parece muy bien, confirmándose nuestras esperanzas con ver que

(1) Véase la *Hist. del Paraguay*, escrita por el P. Charlevoix, traducida al castellano por el P. Pablo Hernández, t. IV, p. 58.

(2) Puede verse en el Archivo de Indias, 76-3-9, la carta de Ortiz de Zárate al Gobernador D. Fernando de Mendoza, ofreciéndose para esta expedición.

conspiran en los mismos intentos el Sr. Obispo y el Sr. Presidente» (1).

Con mucho celo apostólico y con grandes alientos partieron de Jujuy los cuatro el 20 de Abril de 1683. Iban delante veinticuatro soldados españoles y cuarenta indios. Al principio fueron recibidos los misioneros con bastante cordialidad, y llegando a cierto punto que les pareció oportuno, fundaron un pueblo al que llamaron San Rafael. A los pocos días ya tenían allí juntas cuatrocientas familias de indígenas. Trabajaban fervorosamente los tres operarios y el Hermano coadjutor en evangelizar a esta gente, y al cabo de algunos meses les fué necesario enviar a uno de ellos para traer ciertas provisiones que se habrían de necesitar en la reciente colonia. Partió a Jujuy con este encargo el P. Diego Ruiz con el coadjutor, y quedaron los otros en el pueblo de San Rafael. Ya volvía con una buena provisión desde Salta el P. Diego Ruiz, cuando de repente, antes de llegar a San Rafael, se le acercó un hombre y le avisó que no pasase adelante, porque había estallado una conjuración horrible contra los misioneros.

La triste noticia era verdadera. Los indios Tobas y Mocovies, el día 27 de Octubre de 1683, rodearon de repente el pueblo de San Rafael. El P. Solinas y el Sr. Ortiz de Zárate salieron como a recibir aquella turba de indios, aunque bien se recelaron de lo que podía suceder, pues todos venían con armas en las manos. Empezaron a hablarles de la felicidad que se sentía en servir a Dios, de las verdades eternas que predica el Evangelio. Entretanto fueron acercándose los indios y formando como un gran corro en torno de los misioneros. Cuando creyeron llegado el momento oportuno, hizo uno de ellos una señal y todos los indios que rodeaban a los misioneros se arrojaron furiosamente sobre ellos y los degollaron sin piedad. Al instante saquearon toda la reducción, y pocos días después no quedaban sino miserables ruinas del empezado pueblo. Habían muerto mártires de la fe el Padre Solinas y el Sr. D. Pedro Ortiz de Zárate. Este suceso desastroso dió fin por entonces a la misión intentada tantas veces en el Chaco.

4. Algo más progresó la misión de los Chiriguanos (2), indios

(1) *Cartas de PP. Generales* al Prov. del Paraguay, 26 Agosto 1684.

(2) También se les denomina en los documentos de entonces *Chiriguanaes*.

que se extendían al Noroeste de la actual Argentina y en el Sur de la república de Bolivia. Si el lector ha pasado los ojos por nuestro tomo cuarto, recordará que desde 1587 trabajaron algo los jesuitas con estos indios en la residencia empezada entonces de Santa Cruz de la Sierra. Todo a lo largo del siglo XVII asoma de vez en cuando alguna mención de los Chiriguanos, como de indios algo inquietos y temibles, entre los cuales apenas conseguía ningún fruto la predicación del Evangelio. En 1679 pasó entre ellos ocho meses el fervorosísimo P. Cipriano Barace, como ya lo indicamos más arriba; pero al cabo hubo de retirarse de aquel país con las manos vacías, sin haber podido consolidar ningún pueblo de Chiriguanos. Unos diez años después se pensó en dar a esta misión algún fundamento sólido, admitiendo un colegio en cierta población vecina que empezaba a ser bastante frecuentada por los españoles.

Era la ciudad de Tarija, que ahora tiene de ocho a diez mil habitantes y entonces podía servir de comunicación para estas tribus de Chiriguanos y para otras regiones del Chaco que se extendían al Sudeste. Cierta misión fervorosa que dieron los jesuitas en esta ciudad el año 1690, despertó deseos de tener allí casa la Compañía. Se hicieron propuestas de colegio al Provincial del Paraguay, y éste envió para arreglar el negocio al P. Tomás Donvidas, antiguo Provincial, quien lo arregló a toda satisfacción. Ofrecióse como fundador D. Juan José Campero de Herrera, Caballero de Alcántara, y su mujer doña Juana Clemencia Bermúdez de Ovando. Primero hicieron a la Compañía una donación *in casu mortis*; pero advirtiéndoles el P. Donvidas que para llegar pronto a la construcción del colegio sería menester una donación *inter vivos*, lo hicieron en esta forma, dando a la Compañía unas tierras muy buenas para el cultivo, ciertos solares oportunos en la ciudad para fabricar el colegio y un capital de cincuenta mil pesos que debían cobrarse en ocho años de los frutos de una viña.

El P. General Tirso González, informado de los pormenores de esta fundación, la aceptó con estas palabras, dirigidas al Provincial del Paraguay: «Aunque no han llegado las escrituras de esta donación y fundación, viniendo todo esto asegurado por cartas de V. R. del P. Donvidas y demás consultores de provincia, y por la que recibo del mismo fundador, hemos aceptado esta fundación, esperando que ha de ser de mucho servicio de Dios

Nuestro Señor, y muy conducente para los gloriosísimos y santísimos fines que han movido la piedad de los señores fundadores a hacerlo y dotarlo con tanta liberalidad, que como se ve su misma carta, son principalmente la conversión a nuestra santa fe de los infieles del Chaco, de los Chiriguano y otros, a cuya especial conquista da fácil y cómoda entrada esta fundación. Siendo los motivos de los señores fundadores tan propios de nuestra vocación y tan de la obligación de esa provincia, debo encargar a V. R. como encarecidamente lo hago, el que con todo celo y cuidado se procure ejecutar, continuando en los buenos principios que se han dado, enviando muchos fervorosos operarios que con apostólico celo soliciten la conversión y salud espiritual de aquellos infieles» (1).

El principal misionero que por entonces ejercitaba su celo apostólico en aquellos países era el P. José de Arce. Había nacido en Palmas, una de las islas Canarias, en 1652, y entrado en religión pasó al Paraguay a los veintinueve años mientras estudiaba filosofía, en compañía del P. Cristóbal Altamirano (2). Terminados sus estudios le dedicaron a la enseñanza, por el grande ingenio y aptitud para las letras que había mostrado. Él, empero, deseoso de consagrarse a la difícil tarea de las misiones, una vez que enfermó muy de peligro, hizo voto, con aprobación de los superiores, de dedicar toda su vida a las misiones de infieles si Dios Nuestro Señor, por la intercesión de San Francisco Javier a quien se encomendó, le restituía la salud. Obtuvo lo que deseaba. Restablecidas sus fuerzas fué destinado a las tareas apostólicas, y aunque al principio se pensó en enviarle a las regiones meridionales de la provincia de Chile, después, en 1686, se le mandó al Chaco y a los Chiriguano, donde se trataba de establecer misión permanente. Durante algún tiempo corrió por un lado y otro el P. Arce entre los ríos Bermejo y Pilcomayo, y concibió algunas esperanzas de fundar buenas misiones.

En 1690, acompañado del P. Miguel de Valdeolivas y de un caballero joven muy buen cristiano, llamado Diego Porcel de Pineda, entró en algunos pueblos o rancherías de Chiriguano y se detuvo sobre todo en la aldea llamada Tariquea. El misionero logró hacerse respetar algún tanto de aquellos indios, hizo las pa-

(1) *Cartas de PP. Generales*. Al Prov. del Paraguay, 27 Octubre 1691.

(2) Véase la lista de los que formaron esta expedición en 1673 en el Archivo de Indias, 154-1-20. Pastells, t. III, p. 47.

ces entre ellos y otros caciques que se hacían guerra cruel, y determinó fundar allí alguna reducción o pueblo de cristianos.

Pasó después con su compañero a Santa Cruz de la Sierra para entenderse con su Gobernador, pues la jurisdicción de esta ciudad se extendía por territorio habitado por los Chiriguano. Gobernaba entonces a Santa Cruz D. Agustín Arce de la Concha, caballero muy cristiano y fervoroso, el cual, oyendo los designios del P. Arce y de su compañero, les predijo que no harían mucha fortuna entre los indios Chiriguano. Eran éstos una gente sumamente voluble y probablemente abandonarían pronto a los misioneros, aunque al principio les diesen algunas muestras de afecto. En cambio les propuso que se extendiesen hacia el Oriente de Santa Cruz de la Sierra y visitasen a los indios Chiquitos, de cuyo carácter estaba él muy satisfecho. Respondió el P. Arce que él no podía mudar la determinación del P. Provincial, quien le había confiado el misionar a los Chiriguano. El avisaría a Su Reverencia del nuevo país de los Chiquitos, donde se podía emplear el celo apostólico, pero por de pronto quería ejercitar su celo entre los indios que se le habían señalado.

Efectivamente, dirigióse a éstos y logró con algún esfuerzo fundar una colonia, a la cual impuso el nombre de *Presentación de Nuestra Señora*, porque dijo la primera misa el día en que celebra la Iglesia este misterio (21 de Noviembre de 1690). No faltaron, desde luego, inquietudes y turbaciones, ya por la inestabilidad de los indios, ya por la sorda oposición que hacían algunos españoles, quienes no gustaban de que los jesuitas fundasen pueblos de indios, porque esto les impedía cautivar y esclavizar a éstos y sacar la ruin ganancia que se hacía *vendiendo piezas*, según el lenguaje de entonces.

El P. Provincial envió en auxilio del P. Arce algunos operarios nuevos, y a principios del año 1691 se avanzó un poco más. Dejando lo adquirido a los PP. Bautista de Cea y Diego Centeno, proyectó el P. Arce fundar más adelante otra reducción, y, en efecto, lo consiguió el día de San Ignacio, 31 de Julio de 1691. Pudo reunir un gran número de indios de diversas parcialidades y les propuso el formar un pueblo, donde ellos vivirían con más comodidades y él les enseñaría el camino del cielo. Los indios, antes de admitir la propuesta del Padre, determinaron tener una solemne discusión en aquel mismo día del 30 al 31 de Julio.

Gustarán nuestros lectores saber la forma con que se cele-

bró esta magna sesión parlamentaria, que dió por resultado la fundación del pueblo. El P. Patricio Fernández, clásico historiador de la misión de los indios Chiquitos, nos describe este acto por estas palabras: «Entrados a parlamento los indios en lo más obscuro de la noche, dieron principio a la función con una sinfonía de flautas y pifanos, y cantando y bailando al son de ellos, discurrían sobre el negocio, concluyendo cada baile que duraba tres o cuatro credos con brindis. Al rayar el alba, aunque hacía viento muy frío que helaba, por ser aquí este mes el corazón del invierno, se fueron todos a bañar al río, y para hacer más alegre la fiesta adornaron sus cabezas con pomposos penachos, afeitándose el rostro con colores muy feos, imaginando crecían en belleza y hermosura, cuando parecían otros tantos diablos. Habiendo ya esclarecido el día tomaron un desayuno para cobrar alientos y brío para proseguir su acuerdo en la forma que antes. ¿Quién creería, o por mejor decir, quién se atrevería a esperar solución favorable en un concejo semejante? Pero no obstante esto, determinaron de común consentimiento admitir en sus tierras a Cristo y a su ley santísima, y enviaron a dar aviso de su resolución al P. Arce, quien debajo de una enramada estaba encomendando a Nuestro Señor con fervor este negocio; pero le pusieron tres condiciones. La primera, que la reducción se fundase en aquel paraje. La segunda, que no fuesen obligados a desterrarse de sus tierras los que quisiesen vivir en el gentilismo o mantener muchas mujeres para su uso; y la tercera, finalmente, que sus hijos no fuesen destinados al servicio de la Iglesia. Aceptó el santo varón el partido, esperando que el tiempo y mucho más la sangre de Jesucristo les ablandaría los corazones y darían aquellos frutos de bendición que su celo y sus fatigas prometían» (1). Con este acto fundó el P. Arce en aquel sitio un pueblo, al cual puso el nombre de San Ignacio, en recuerdo del santo, cuya fiesta se celebraba aquel día.

Poca vida tuvieron estas dos reducciones de la Presentación y de San Ignacio. Verificóse a la letra la predicción de D. Agustín Arce de la Concha. Los indios empezaron a desbandarse por un lado y por otro. No había modo de sujetarlos a nada permanente y fijo. Por otra parte, asomaban a lo lejos tribus enemigas que amenazaban sacrificar a los misioneros y acabar con los pue-

(1) *Relación historial de los indios Chiquitos*, c. 1.

blos. En medio de angustias y sinsabores prolongaron una vida algo lángida estas dos reducciones cerca de tres años, desde 1691 a 1694. Por último, cierto día apareció una multitud de Chiriguano armados, que se arrojaron de repente sobre el pueblo de la Presentación. Los misioneros y algunos cristianos pudieron ponerse en salvo huyendo rápidamente. Todo el pueblo fué arrasado en un momento por los indios, y desde entonces desapareció aquella reducción. La otra de San Ignacio, viéndose expuesta a peligro semejante y desvaneciéndose cada vez más las esperanzas de progreso en aquel país, fué levantada también por los misioneros, quienes, recogiendo los ornamentos, salieron de allí, deseando emplearse en la otra misión, que ya entonces empezaba con felicísimo resultado entre los indios chiquitos.

5. Fué verdaderamente gloriosa la empresa apostólica que la provincia del Paraguay emprendió entre estos indios. Extendiábase los Chiquitos en un territorio que tendrá, según René Moreno, unas 6.640 leguas cuadradas al este de Santa Cruz de la Sierra (1). Toda esa vasta región pertenece actualmente a la república de Bolivia, y como entonces dependía inmediatamente del Virrey del Perú, se pensó en mandar misioneros a este país, no desde el Paraguay, sino desde la provincia peruana. El mismo Gobernador, D. Agustín Arce de la Concha, había convidado al Provincial del Perú con estas misiones (2); pero éste no pudo aceptarlas. En cambio, la provincia del Paraguay, más animosa y resuelta, no dudó en tomar sobre sí aquella empresa, aunque probablemente no midió al principio todas las dificultades que había de tener.

El P. Diego de Orozco, Provincial del Paraguay habiase dirigido en 1690 a visitar el naciente colegio de Tarija. Trató despacio con el P. Arce sobre lo que se podría hacer en aquellas regiones del Chaco. Mientras discurrían ambos sobre diversos planes recibió el provincial cartas del gobernador de Santa Cruz de la Sierra invitándole a fundar misiones entre los Chiquitos. No le pareció mal este proyecto, pero sentíase muy falto de personal para una empresa que había de ser bastante costosa. Mientras se daba y tomaba sobre este asunto, le llegó la noticia de que habían desembarcado en Buenos Aires cuarenta y cuatro sujetos de

(1) *Catálogo del Archivo de Mojos y Chiquitos*. Introducción.

(2) Véase la carta que luego copiamos del P. Tirso.

la Compañía, expedición gloriosa que había reclutado el P. Diego Francisco Altamirano. Al oír esta nueva tan alegre, se imaginó que Dios le pedía el abrazar la empresa de los Chiquitos. Ordenó, pues, al P. Arce saliese desde Tarija hacia el río Paraguay, explorando el camino que se podría tomar para dirigirse desde Buenos Aires hasta aquel país. Dispuso que pasasen a estas misiones los siguientes Padres: Constantino Diaz, natural de Ruinas, en Cerdeña; Juan María Pompeyo, de Benevento, en el reino de Nápoles; Diego Claret, de Namur, en Bélgica; Juan Bautista Neuman, de Viena, en Austria; Enrique Cordule, de Praga, en Bohemia; Felipe Sierra, nacido en Almagro, y Pedro Lascamburu, en Irún (Guipúcoa) (1). A todos les encargó que saliendo de las misiones de los Guaraníes fuesen siguiendo el curso del Paraguay, agua arriba, hasta llegar a las tierras de los Garayes, de donde podían torcer al oeste a las tierras de los Chiquitos.

»El P. Arce, por su parte, se encaminó primero desde Tarija hasta Santa Cruz de la Sierra, y desde allí metióse en tierra de los Chiquitos y empezó a dar los primeros pasos para la fundación de algún pueblo. Halló la buena disposición que le había indicado el Gobernador de Santa Cruz. Observó, en efecto, que los Chiquitos se mostraban dóciles y aun deseosos de oír a los misioneros. Estas buenas cualidades tal vez se acrecentaron con el ansia de hallar algún alivio en una grave epidemia que se había extendido poco antes entre ellos y que hacía numerosas víctimas. Deseaban los infelices algún socorro, y teniendo noticias de la bondad de los Padres misioneros, esperaban recibir algún remedio de su caridad. Fué recibido el P. Arce con muestras de afecto. Los indios le regalaban los frutos silvestres que ellos cogían y algunos alimentos, de los que podían suministrarle en medio de su pobreza. Aceptaron de buena voluntad la proposición que les hizo de reunirse en un punto y formar pueblo. Como ya se acercaba entonces la época de las lluvias escogió el misionero un sitio que pudiera estar más libre de las inundaciones, y en efecto, muy pronto determinado el punto de la reducción, se

(1) *Relación historial de las misiones de indios Chiquitos*, c. 4. Lo que luego referimos de la misión de los Chiquitos lo tomamos principalmente de esta obra, que puede llamarse clásica en esta materia. El P. Patricio Fernández, a cuyo nombre se imprimió, asistía en la misión por lo menos desde el año 1699.

empezó a trabajar en las obras. El último día de 1692 el P. Arce enarboló una gran cruz en aquel sitio, y estando los indios Chiquitos arrodillados en tierra, entonó la letanía de Nuestra Señora, consagrando aquella reducción a Dios Nuestro Señor y a su Santísima Madre. Corrieron luego los indios a cortar madera en los bosques y trabajaron con tanto fervor y brío, que en menos de dos semanas se acabó una pobre iglesia, «tosca en lo material, dice el P. Fernández, pero preciosa por la piedad de los artífices que a competencias se esmeraban en trabajar en la obra». Dedicóse al apóstol de las Indias San Francisco Javier, para que desde el cielo mirase propicio con ojos de piedad aquella viña inculta de gentiles y la convirtiese en jardín del paraíso» (1).

No salieron fallidas las esperanzas del P. Arce. Observó que todas las mañanas se juntaban con mucho afecto los niños a oír la explicación de la doctrina cristiana. Tenían curiosidad de preguntarle lo que no entendían, y en todos observó el Padre grandes deseos de ser cristianos y de observar la ley de Dios. Al poco tiempo pudo bautizar un centenar de niños, con los cuales se dió principio al pueblo de cristianos. Trabajaba de día y noche el P. Arce gastando tal vez demasiado sus fuerzas en la instrucción de aquellos pobres, pero sostenido por el grandísimo consuelo de sentir y ver el provecho espiritual que la gracia obraba en aquellas almas sencillas. Al cabo de algunos meses, llegando a visitar el colegio de Tarija el nuevo Provincial, Lauro Núñez, juzgó que el P. Arce debía pasar algún tiempo a las reducciones de los Chiriguano. Obedeció el santo varón y en su lugar continuaron la instrucción de los Chiquitos los PP. Diego Centeno y Francisco Hervás.

Dos graves dificultades se presentaron poco después que por un momento amenazaron destruir la misión que se estaba fundando. La primera fué la invasión terrible de los paulistas que como en tiempos anteriores habían arrasado las reducciones del Paraguay, así también ahora se fueron acercando al país de los Chiquitos, robando todo lo que hallaban y cautivando cuantos indios podían, fuesen cristianos, fuesen gentiles. En 1694 tuvieron nuestros misioneros de Chiquitos la noticia de que se acercaba la tempestad al país en que ellos vivían. El P. Arce, que cuidaba entonces de los Chiriguano en el pueblo que aun perseveraba

(1) *Relación historial*, c. 4.